

UNA VIDA

escrito por Javier Angulo Lucerón

perteneciente a la Escuela Superior de Informática

Hay personas que pasan por la vida y dejan su huella. Ciertas huellas quedan en los demás, y acaban pereciendo. Otro tipo de huellas son más grandes, incluso eternas, y quedan presentes para mucha más gente. Cantidad de esas huellas, a pesar de perdurar en el tiempo, sólo son visibles para algunos. También hay personas que pasan desapercibidas, quizá las que más. De una manera u otra, todas ellas son dignas de llamarse personas y de tener una vida. Lo cierto es que no sólo ellas lo son.

Mi nombre no es bonito, ni siquiera yo me identifico con él. Nadie jamás me preguntó su procedencia, yo tampoco la sé. Tampoco conocí a mis padres ni me han hablado de ellos. Desde que tengo consciencia vivo solo y no alcanzo a recordar mis años de infancia. Algún vago recuerdo que guardo en mi mente muestra un niño inquieto, muy activo e incordiante. Muy poca gente es capaz de guardar imágenes de sus primeros años de vida. Supongo que es algo normal, pero en ese aspecto soy como el resto. Lo malo de vivir solo es que tampoco guardo nada de por entonces. Todo el mundo tiene fotografías o algún juguete pero yo nunca encontré cosa parecida en mi hogar.

Vivo en un pueblo bastante peculiar. No hay más de veinte o treinta casas, pero todas son enormes y las habitan cantidad de gente. Es completamente imposible llegar a conocer a todos, pocas veces reconozco a alguien por la calle. La gente no sale de aquí, tenemos todo lo que se puede necesitar. Como en cualquier sitio, un Ayuntamiento, oficina de correos, mercado de abastos... En contadas ocasiones es necesario salir del pueblo para conseguir algo. Además, como las comunicaciones no son muy buenas, si se te antoja

algo especial, siempre puedes pedirlo a los comerciantes. Ellos se encargan de los negocios fuera de aquí. Visto así, este pequeño pueblo podría pasar por un lugar no muy fuera de lo normal. Lamentablemente, no todo es lo que parece.

A pesar de vivir solo nunca me he resignado a ello. Desde hace muchísimo tiempo, acojo gente en mi casa. En el pueblo todo el mundo sabe que lo hago y siempre que llega alguien nuevo o alguna persona se queda sin hogar, se acerca a mi casa. A primera vista, resulta un edificio ciertamente antiguo. Aunque en definitiva sea como cualquiera, tiene un ambiente lúgubre y misterioso. Según cuentan, fue lo primero en construirse en este pueblo. Todavía no sé por qué, pero muchas veces y sin avisar, mis huéspedes se marchan. Cuando bajo a la habitación de invitados ya no están. Nunca he vuelto a ver a nadie después de haberse ido. Por el contrario, algunos de ellos se quedan mucho tiempo, a veces más del que quisiera. A pesar de ello, más de uno de mis invitados ya es como mi hijo, lo compartimos todo. Me pregunto de vez en cuando si en realidad vivo solo o todas estas personas han pasado a formar parte de mi vida.

Mi día a día resulta monótono y repetitivo. No salgo demasiado de casa y tampoco trabajo. Puede ser que esté un poco viejo ya para ello. Como ayuda para mi labor de acogida, el Ayuntamiento me consigue alimento y algún capricho de vez en cuando. La verdad es que vivo con lo justo y necesario, soy muy feliz con ello. Mientras no viene nadie a casa, paso las horas durmiendo o mirando por la ventana. Sin embargo, desde hace un tiempo, me estoy dando cuenta de que ocurren cosas extrañas a mi alrededor.

No soy capaz de explicarlas y por lo general me causan miedo. Ahora lo comprenderéis.

En cualquier aldea o pequeña ciudad, como podría ser ésta, cada vez nace menos gente y la población envejece con el tiempo. Aquí, sin embargo, ocurre algo muy peculiar. Todos los días muere mucha, muchísima gente. Los vecinos hemos terminado por asumirlo pero nadie es capaz de explicarlo. La mayoría de nosotros opta por ignorarlo, otros lo toman por algo normal y muchos otros, al igual que yo, buscan una explicación. Muere todo tipo de gente: jóvenes, ancianos, de la misma familia, de distinta... No puede ser una enfermedad ni nada contagioso. Si lo fuera, muchos ya hubiésemos acabado como tantos otros, falleciendo de forma inesperada. Se sospecha que alguien entre nosotros es el culpable. Yo, a decir verdad, no sé qué pensar. He llegado a ver cosas tan extrañas... Sin ir más lejos, hace una semana, vi desfallecerse a una persona por la calle. No había nadie a su alrededor, nada que hubiese podido atacarle ni provocarle la muerte de esa manera. Si mis propios ojos no me engañan, aquello ocurrió de forma inexplicable. Me consuela no ser el único que ha visto algo así. Hablando con el vecino hace poco, me contó algo similar. Aunque a veces no sé si fiarme de sus relatos, lo narró de tal manera que no podría ser ninguna invención. No sé su nombre, pero todos lo conocen como señor X. Es el típico charlatán del lugar. Se pasa el día asomado a la ventana. Si algo ha pasado en el pueblo, él lo sabrá.

Más extraño es, incluso, la cantidad de gente que nace. Cada día se ven retoños que salen de las casas, ni siquiera vienen del centro de salud. Si no fuera por esto, ya seríamos pocos en este pequeño pueblo. Desgraciadamente

la mayoría de ellos mueren pronto, es difícil llegar a ser anciano. Muchos se plantean irse, buscar un lugar menos cruel y misterioso. Sin embargo, es complicado hacerlo. Cuando llevas un tiempo aquí, te acostumbras a todas estas cosas, resulta irónico. Entre los más viejos estamos el señor X, la señora Consuelo, un pequeño hombre al que conocen como Gnomo, el Zorro y yo. Todos aquí, como puedes ver, tienen un mote. En realidad, no conozco el verdadero nombre de ninguno. Como casi cualquier cosa por aquí, tienen sus peculiaridades. El Zorro es uno de los comerciantes. Nadie sabe cómo pero consigue todo tipo de mercancía. Por ello es de lo más acaudalados. En su casa tiene de todo: un pequeño cine, música, juegos, libros... En definitiva, más de lo que cualquiera pueda necesitar. Por otro lado, Gnomo es ya bastante mayor, aunque todos dicen que mejora con los años y que gana en belleza. Se dedica al negocio de la cristalería y las ventanas. Lo cierto es que no se habla muy bien de él. Dicen que no es muy bueno en su trabajo. Muchos ya ni siquiera le llaman para reparar en su casa. Yo, personalmente, nunca me he visto obligado a hacerlo.

No es menos intrigante la señora Consuelo. Muchos la temen por su aspecto, siempre austero y descolorido. Nadie sabe muy bien su oficio. Ya la puedes ver haciendo una cosa como otra. Pasan los años y sigue igual que el día en que la vi por primera vez. Sospechan que está relacionada con la muerte de tanta gente. Conoce a prácticamente todos y quién sino sería capaz de actuar sin ser vista. Es muy manipuladora, y siempre consigue lo que se propone, de una manera u otra, pero no hay nada que se escape de sus manos.

Acorde con lo intrigante de este lugar se encuentra la plaza del pueblo. En ella se ubica el Ayuntamiento y la caja de ahorros municipal. En el primero de ellos no se para de trabajar. Siendo tan pequeño, nadie se explica cómo se mueve tanto dinero. Intrigado por ello, revisé las cuentas del último año, y curiosamente, siempre hubo el mismo capital. Un préstamo por aquí, una devolución por allá... pero siempre lo mismo. Otra de las cosas intrigantes del edificio es el reloj. Como todo pueblo, posee uno enorme cerca del centro urbano. En nuestro caso, se encuentra en el mismo Ayuntamiento, y no es como los demás relojes. Sus agujas giran muy rápido, demasiado como para observarlas a simple vista.

Hay muchas más peculiaridades que nadie consigue comprender. Las calles están llenas de semáforos, y no paran de cambiar de color. Por si fuera poco, siempre hace un calor infernal. Ni siquiera con la brisa que a veces corre se alivia. Todas estas extrañezas hacen el día a día más entretenido. Sin embargo, hay momentos en los que se busca la tranquilidad en el hogar. Lo peor de todo es que, incluso en él, han llegado a ocurrir sucesos extraños. Sin ir más lejos, en la puerta de mi casa. Desde hace años, vivo en el número cinco de la calle. Aún así, hay días en que me encuentro que éste ha cambiado. He llegado a ser el tres, el dos, ¡o incluso el cero! ¿Cómo es posible que esto ocurra? No tiene explicación alguna, desde luego. No acaba ahí la cosa. Los baños de la casa son realmente terroríficos algunos días. He oído voces de personas, estoy seguro de ello. Podría jurar que provienen de las tuberías. Es más, alguna de las veces se trataba de gente hablando sola. Ya no sé si me estoy volviendo loco o el paso de los años está causando estragos en mí.

Probablemente, esto deje de importar muy pronto.

Muy poca gente hace su testamento antes de morir. Hay personas que no esperan su muerte y ni siquiera lo plantean. Otros no se paran a pensar lo que quieren tras ella y dejan esa decisión en manos de los demás. Lo peor es ver acercarse la muerte y permanecer incrédulo, temeroso y dubitativo. Hoy ha llegado una carta al buzón. En ella sólo pone una frase: "Usted morirá en 224 minutos". Debe de ser una broma, ¿quién puede mandar algo así? Quizá mi suerte se acabó y vaya a abandonar este lugar tras tantos años de vida. Yo no sé qué creer. En el pueblo la gente está muy nerviosa, todos los buzones han recibido una carta igual y se palpa el miedo por las calles.

Desde hace una hora, sostengo este bolígrafo en mis manos y trato que esta realidad que aún permanece en mí no se olvide nunca. Es difícil dejar huella de una manera tan vulgar. Algo así se consigue con grandes logros y hazañas pero no llevando una vida como la mía. Sin embargo, para cada cual, su vida resulta maravillosa. Pequeñas victorias para alguien pueden ser enormes para otros. Espero que hayan sido capaces de apreciar la larga y peculiar vida que he llevado.

Hasta siempre, un proceso.

Init.